
José María Blanco White: de la ortodoxia de la disidencia. Historia de una conciencia*

*«Nada más falso y enfermo que el corazón: ¿quién lo entenderá?
Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas»
(Jer, 17,5-10).*

No podemos concluir el estudio de la vida de un hombre, es más, de la historia de una conciencia, rematando con afirmaciones categóricas e irrefutables. Hemos pretendido destacar algunos rasgos de la figura de Blanco Crespo convertido en Blanco White, de su pensamiento, de su itinerario de fe, de sus influencias, de sus sufrimientos, de sus huidas.

La conciencia autobiográfica de José María Blanco White queda al descubierto en las páginas que componen los tres volúmenes de su vida bajo el título de *The Life*, publicados en Londres por John Hamilton Thom, su albacea, miembro de la comunidad unitaria de Liverpool, en 1845. No deja de ser un registro parcial que hemos intentado completar para comprender su vida y sus mudanzas lo más posible y definir los trazos de una personalidad compleja, con otros artículos y opúsculos salidos también de su pluma¹. Junto a estas obras ha sido fundamental

* Tesis doctoral defendida en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra el 12 de abril de 2016. El tribunal estaba compuesto por los profesores Augusto Sarmiento (presidente), José María Yanguas, Enrique de la Lama, Fermín Labarga, Román Sol (secretario).

¹ *Carta sobre la Inquisición; The Examination of Blanco by White; Algunos hechos referentes a la formación del carácter intelectual y moral de un sacerdote español* (tercer fragmento epistolar incluido en *Cartas*

realizar un buceo profundo en su epistolario, donde nos ha sido más fácil entrar en diálogo con el verdadero personaje, especialmente el epistolario íntimo familiar, para poder dibujar en retazos el significado de una vida.

En el manuscrito de *The Life*, el texto está siempre en gravísimo peligro de caer, como en realidad ocurre, en la autojustificación y la autoalabanza, al descubrir que es mucho lo que se margina y se omite.

El objetivo de sus memorias es comprenderse a sí mismo, deseando, en realidad, dar sentido a su propio existir. Su vida aparece entonces como una crisis deliberadamente mantenida para producir un efecto de empatía y amenidad en el lector; incluso de compasión en la que es fácil caer. Para dar coherencia y sentido a la historia de su vida como totalidad, Blanco construye una imagen inmutable de sí mismo. De ahí la autoalabanza y la representación del protagonista en el papel de víctima: víctima del destino, de los falsos amigos, de la España reaccionaria y del Catolicismo, en fin.

El problema esencial de una autobiografía no es descubrir cómo la ha escrito, sino por qué la ha escrito. Blanco White toma la pluma para defenderse de la injusticia, queriendo restablecer una verdad o una razón de su vivir; desde ahí enarbola la bandera del antidogmatismo, y concibe su vida, por pretencioso que parezca, como un sacrificio.

La excesiva autoconciencia es para él un flagelo que le categoriza estrictamente como los poetas románticos. Su discurso exculpatorio va dirigido a contrarrestar la acusación de impío e inmoral, por un lado, y la acusación de traidor a la patria, por otro. Es claro, que cualquiera puede cambiar de ideas. Sin embargo, es importante asumir la responsabilidad de las propias decisiones, sin hacerla recaer sobre los demás, sin hacerse pasar por víctima de un sistema atávico, heredado. Se ve siempre amparado, no por sus decisiones, sino por lo que le rodea, como presión que no puede quitarse de encima.

Por otro lado, si queremos despejar dudas que envuelven su fama, resulta imposible aceptar ninguna de las dos reacciones más intensas que ha despertado hasta el momento en nuestro país la vida del sevillano exiliado: Blanco el artista lúcido y la víctima inocente de la «abrupta sinceridad que le caracteriza»², tal y

de España); *Despedida del autor de las Variedades a los hispanoamericanos* (incluida en *Variedades o el Mensajero de Londres*); las primeras páginas de *Practical and Internal Evidence Against Catholicism*; y por último el diálogo que inicia la versión popular de *Evidence*, impreso bajo el título de *The Poor Man's Preservative Against Popery*.

² Juan GOYTISOLO, *Obra inglesa de José María Blanco White, selección de sus obras en esta lengua*, Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 32.

como lo describe Juan Goytisolo; o el monstruo renegado y corrompido que pinta Menéndez Pelayo, para quien «Blanco se dejó llevar por el orgullo y la lujuria que le hicieron abandonar la benéfica sombra del santuario»³. Quien cambia de religión y de patria parece verse expuesto a un continuo e imparable juicio público, de sus contemporáneos especialmente, pero también de la posteridad. Es clara la falta de objetividad a la hora de tratar la memoria histórica del personaje, tantas veces deformada. Tanto la crítica nacionalista (finales del XIX-principios del XX) como la crítica progresista (segunda mitad del XX), le ha estudiado con cierto desenfoco desleal, fijándose en aspectos parciales llamativos o aportando datos inexactos sobre la vida de Blanco White.

Por eso, hoy que se ha recuperado su vida, sus escritos, su pensamiento, son muchos, especialmente autores y profesores universitarios, con ciertas inclinaciones ideológicas, para los que Blanco White se presenta como el paradigma del hombre contemporáneo, inseguro de muchas cosas, rebelde ante la sociedad, ante las instituciones establecidas, religiosas o políticas, y siempre ansioso por alcanzar conseguir una esquivada libertad.

¿Por qué esa exaltación de la figura de Blanco desde la segunda mitad del XX en España? Los rebeldes, los inconformistas con las normas que impone la sociedad, y de manera particular la vida que presenta la Iglesia católica, se identifican fácilmente con Blanco. Han querido ver en él un precursor, un adalid de valores y virtudes ideologizados propios del mundo contemporáneo, incluso una suerte de mártir del relativismo y la duda, como es el caso de Goytisolo, uno de los que rescató su figura, y quien se identifica plenamente con él, reivindicando la heterodoxia y el exilio. Es patente una utilización ideológica de nuestro personaje para destacar, exclusivamente, su lucha contra la Iglesia Católica.

¿Qué influyó de manera abrumadora en los cambios de pensamiento de Blanco White? ¿Qué configuró o moldeó su conciencia? ¿Por qué merece la pena indagar, investigar, leer, estudiar a Blanco White? Hemos querido hacer un viaje al interior de una conciencia para comprender sus cambios de rumbo, y las influencias recibidas. Esta investigación ha querido acometer la tarea de realizar un viaje al interior del hombre, al interior del sacerdote, al interior del periodista-escritor, al interior del poeta, al interior del polemista religioso, al interior del padre, al interior del amante de la amistad, al interior del hombre

³ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, Aldus, Santander, 1948, vol. VII, p. 911.

en constante búsqueda, al interior del inconformista, al interior del rebelde auto-exiliado que lucha por la independencia de espíritu, al interior del amante de la autenticidad y de la verdad; en definitiva, al interior de una conciencia errante. Con este trabajo no se pretende realizar un juicio que atrape la figura bajo nuestros dictámenes, sino rescatar la mayor parte de verdad en las razones y opciones fundamentales que han desembocado en la vida compleja de Blanco White.

Todo influye en el desarrollo de una existencia. En la vida de Blanco White, en primer lugar influyeron las coordenadas geográficas de una Sevilla barroca en sus celebraciones religiosas y en sus formas de piedad, que le cansaron en seguida. El exceso de devociones, por ejemplo, que él vivió a través del ejemplo piadoso de su padre. Nunca las entendió. Era lógico que algunos espíritus como el de Blanco no encontraran satisfacción en aquellas tradiciones. Influyeron las insuficiencias propias de la Iglesia de la época, como la pobreza intelectual de muchos estudios eclesiásticos, la escasa formación científica del clero, barroquismos, manifestaciones grotescas de la devoción popular, privilegios... Blanco White no fue capaz de captar el verdadero rostro de Cristo ni de la verdad cristiana a través de esas devociones ni a través de la vida de la Iglesia y de las estructuras eclesiásticas que conoció; de manera especial le influyeron el despotismo y la intolerancia significadas en la existencia de la Inquisición, que él conoció y temió, al leer en su juventud libros incluidos en el Índice, hasta que pudo huir.

La gran influencia la encontramos en las ideas ilustradas y jacobinas de las que se alimenta en sus años de juventud, incluso ya siendo sacerdote, que le hacen respirar una atmósfera que le imposibilita seguir con su fe y con su ministerio sacerdotal. Su interior se llenó de la crítica que procede de la razón, como única herramienta necesaria para separar lo racional, es decir, lo bueno, de lo irracional o malo. Desde ahí terminará calificando pronto a la religión católica primero, y a la anglicana, después, como instrumentos de fanatismo, intolerancia y superstición.

Por esa razón, el racionalismo relegó a la categoría de residuo de conocimiento todo el campo de las creencias. Y Blanco White, perteneciente a la primera generación de liberales españoles, abrazó por completo ese torbellino racionalista. Podemos afirmar que Blanco White es pionero en la transmisión del liberalismo radical en España así como del anticlericalismo, abriendo un nuevo camino hacia la secularización al valorar la conciencia personal y afirmar el individualismo, en la búsqueda de un «Cristianismo auténtico». La razón es la emanación inmediata de la divina esencia. Sólo se puede recurrir a la razón.

Por eso afirmó de él Newman: «Murió, puedo decir, sin ningún tipo de creencia fija en absoluto, ya sea en un Dios o en la inmortalidad del alma»⁴.

Y así, una vez que ha huido a Madrid, a la Corte, con su amigo Manuel M^a Arjona, nefasta influencia, sustituirá la fe perdida, la fe abandonada, por la política. La política como moral para dar sentido a una vida. Y se va produciendo la deformación de su conciencia, terminando en el ateísmo.

De esta manera fue inclinándose a rechazar la Revelación, base del cristianismo de la Iglesia Católica, que termina siendo vista como un obstáculo para conseguir el progreso de la humanidad. Prescinde de Dios a través de sus ideas ilustradas. Para Blanco la revelación sobrenatural, siempre estuvo comprometida a lo largo de la historia con el fanatismo y la intolerancia. Llegará a concluir que el inicio del abuso del poder espiritual ocurrió casi al mismo tiempo que el establecimiento del Evangelio, y que la intolerancia y la persecución fueron el resultado inmediato de la doctrina revelada. Quedaba así negado y destruido el misterio mismo de la Iglesia como una realidad sobrenatural.

De esta forma, día tras día, fue socavando los dogmas que constituían el almacén de la fe: el misterio de la Trinidad, la doctrina de la Expiación, la autenticidad de la revelación histórica, la misma divinidad de Jesucristo... Recorre la inevitable trayectoria del que tiende a lo simple, hasta que concluyó en el deísmo, lo más simple que podía concebir, a las creencias comunes no discutidas, es decir, a una moral protestante. La conciencia y su libertad es el mayor de los bienes que concibe Blanco: el valor moral que puede guiar durante toda una vida. Le sobraba y le estorbaba todo. Una ley moral entendió que le hablaba con el imperio del deber. Quizá muchas personas de su época tuvieron las mismas dudas espirituales y religiosas y fueron empujados a las mismas conclusiones que Blanco White, pero al contrario que éste, acabaron enterrándolas bajo un prudente silencio o rindiéndolas a una autoridad terrena. Algo que Blanco decidió no permitirse nunca.

La lógica consecuencia era degradar la Iglesia al plano de una institución puramente humana. Toda esta ilusión condujo a un absoluto subjetivismo religioso; negaba la evolución objetiva del dogma e ignoraba la asistencia del Espíritu Santo a lo largo de los siglos. Las ideas religiosas finales de Blanco White, son sencillas: Dios nos va a juzgar por nuestras obras no por nuestras creencias, que siempre se formularán de manera inadecuada para definir a Dios. El valor de dichas creencias, por tanto, es muy relativo. En los dogmas de las iglesias hay

⁴ John Henry NEWMAN, *Lectures on the Present Position of Catholics in England*, Green and Co, London, p. 143: «He died, I may say, without any fixed belief at all, either in a God or in the soul's immortality».

más historia y controversia que evangelio. Es clara la influencia del utilitarismo inglés (Bentham, Stuart Mill). Se da una ofuscación de la actitud fundamental a través de la intervención del propio interés (demostrar la maldad de las doctrinas católicas); además de centrarse en el elemento subjetivo: plena confianza en el carácter infalible de la propia impresión. Y ahí mostrará un gran ardor por lo que a él le parece la verdad.

Dos meses antes de su muerte dejará en su diario personal la siguiente oración: «Hago esta oración en perfecta confianza en la verdad de mi opinión, que la religión no consiste en la ortodoxia. Me siento muy seguro en ese punto, y anhele el día en que todos los credos puedan ser rechazados por la humanidad!»⁵. Erró sobre el punto en que más le interesaba acertar en su búsqueda de la verdad. Y así opinó James Mozley en 1845, miembro del Movimiento de Oxford, a través de las páginas del «British Critic», órgano de los tractarianos, una vez que se publicaron las memorias de Blanco: «eso no puede ser auténtica fe».

Terminará aceptando la existencia de Dios, pero al modo de los deístas, sólo desde la inteligencia, no desde la fe. Ese Dios al que llegó fue el Arquitecto creador, el Ser Supremo bondadoso, que no impone «incómodos» mandamientos; en definitiva un Dios lejano, impreciso. En este pensamiento podemos intuir el arranque de la situación actual de un mundo relativista, que no se fija en verdades sino en la lucha por la felicidad mundana, y el progreso de los recursos terrenos.

La religiosidad de Blanco White nunca dejó de ser atormentada, quizá por su actitud romántica de quien no puede parar de pensar en sí mismo frente a un mundo que no termina de comprender ni de hacer cambiar, de quien busca a un *Deus ex machina* que sea a la vez refugio paternal, rechazando el antropomorfismo del dios de la Biblia. Durante años arrodilló su entendimiento ante conceptos que no era capaz de aceptar, sino sólo de obedecer, hasta que perdió el miedo a discrepar y a huir.

A todo esto le ayuda el tipo de vida libertina que comienza a vivir al poco de ser ordenado sacerdote. Su huida a Madrid no es otra cosa que su huida de Dios, de su Iglesia, de sus normas y de su ministerio sacerdotal. Existió claramente una pérdida de la identidad sacerdotal, un oscurecimiento de la utilidad de la entrega sacerdotal. Hay estilos de vida, independientemente de la época, que conducen a la pérdida de dicha identidad, y del gusto de servir con la vida a dicho propósito.

⁵ José María BLANCO WHITE, *The Life of the Rev. Joseph Blanco White*, John Chapman, London, 1845, III, p. 293, *Entrada en su diario el 1 de enero de 1841*: «*I make this prayer in perfect confidence of the truth of my opinion, that religion does not consist in Orthodoxy. I feel quite certain on that point, and long for the day when all creeds shall be rejected by mankind!*».

Para perseguir la fidelidad existe un camino cuyo fundamento son las virtudes teologales, sobre las que se construyen las virtudes humanas, que fortalecen, que llevan a tener un corazón grande, generoso y leal. El pecado no deja de ser una disminución del hombre mismo que impide alcanzar la propia plenitud, como enseña el Concilio Vaticano II en *Gaudium et spes*, n.º. 13.

Observamos que toda su trayectoria posterior de cambios, huidas, rechazos, desencantos, se inicia con la pérdida de su fe en los albores del siglo XIX, cuando sólo tiene 26 años y lleva escasamente año y medio ordenado sacerdote. Fe que objetivamente descuidó en sus primeros años sacerdotales, como se acaba de subrayar, de la que se apartó voluntariamente o por opción, a favor de una vida disoluta, vacía de Dios y de las virtudes sacerdotales que le hubieran empujado en otra dirección. Pero su sacerdocio terminó siendo sólo un «sueño calculado» para huir del trabajo al que estaba destinado en la empresa familiar y para abrazar las letras y el estudio. «Parvus error in principio magnus est in fine» (Santo Tomás de Aquino, proemio de *De ese et essentia*).

El desencanto de la fe, de su sacerdocio y de la Iglesia católica, es la chispa que inició todo un incendio de huidas, llevado por el ambiente y las influencias externas. Desde entonces, sólo intentó quitarse yugos. Su Iglesia, su familia e incluso su país natal lo fueron. Desde su juventud, en la que consiguió un pensamiento crítico, rebelde, se verá empujado a abandonar lo antiguo, lo que le cansa, lo que le desencanta, y comenzar de nuevo.

¿Se le puede achacar de voluble en el aspecto de su inquietud espiritual? Blanco prosigue consecuente la línea recta: de lo compuesto, tiende a lo simple. No estaba en su mano acertar, errar ni elegir otro camino, sino recorrer la inevitable trayectoria. Rompió cadenas dogmáticas y llegó a conclusiones del deísmo, lo más simple que podía concebir. Para muchos de sus contemporáneos, la vida de Blanco White no deja de ser un gran ejemplo de la disolución del alma y de la fe. Sometió al cristianismo a una espiral de despojamiento, que, al final de su vida, iba más allá en su racionalismo que los propios unitarios.

No podemos poner en duda que en la vida de Blanco White se entrevé una lucha por la libertad, la igualdad y la tolerancia. Sus escritos están impregnados de una actitud clara de defensa de la libertad de pensamiento y de creencias y de la libertad de expresión.

Nos parece que, sin dejar de tener objetivamente razón en algunos aspectos que denuncia o por los que luchó como pionero en su momento, no hubiera sido igual su existencia si no hubiera perdido de tal modo su fe en la cercanía de ese Dios encarnado en Jesucristo. El hastío de rezar o de predicar, o de confesar a las religiosas de los conventos sevillanos, no deja de ser un

signo claro de cierta insatisfacción o acedia que nos da luz acerca de su mundo interior.

En otro orden de cosas, no deberíamos calificar a Blanco White como un antipatriota. Lo que odiaba era las condiciones históricas de su patria; la esclavitud a su celibato, la pesada atmósfera del absolutismo, la relación entre la metrópolis y sus colonias; la falta de visión de futuro de las primeras Cortes españolas; la omnipresencia de la Iglesia...

Si en el caso de su evolución religiosa caben las críticas negativas por su inconsecuencia o por sus contradicciones esenciales, no se puede decir lo mismo de su actitud como español y como hombre de su tiempo. No pudo ser afrancesado, precisamente porque fue, sinceramente, liberal; no fue traidor a los intereses de su Patria, porque su españolismo era mucho más universal que el que animaba a muchos de sus condenadores de Cádiz. Luchó, desde la experiencia política inglesa, para que los españoles de las colonias americanas no rompieran sus lazos con la corona española, aunque defendió cierta autonomía y la libertad de comercio.

Blanco White, como Jovellanos, aunque de otro modo, fue sin lugar a dudas, un patriota que amó a España, porque no le gustaba, y criticó y luchó contra la clase dirigente, política y eclesiástica, a través de su estilo periodístico radical.

Por otra parte, Blanco White tenía una perspicacia intelectual muy sugerente. No dejó de tener luces, que presentaba siempre con gran apasionamiento, en las que podemos reconocer maestría y conocimiento profundo en determinados temas. Como ejemplo, en su intuitiva brillantez y su poder de convicción, el periódico *El Español*, dentro de sus posibilidades, sobresalió por encima del periodismo circunstancial, sus análisis políticos poseen una intemporalidad que hace que hoy en día no sean irrelevantes. Así su gran amigo Robert Southey, escribía que «ningún autor dio jamás más pruebas inequívocas de sagacidad política que Blanco en *El Español*». Sus observaciones críticas, de manera especial en materias políticas, presentan un extraordinario interés, ya que tuvieron un sentido de modernidad. No cabe duda que su labor más relevante para una historia del pensamiento fue la de periodista y la de ensayista.

Un dato interesante es la cantidad de personajes con los que supo relacionarse y a los que normalmente interesó. Sobre la nube de odios y críticas sobresale el reconocimiento de su enérgica inteligencia. Stuart Mill, Southey, Coleridge, Channing, Whately, Lord Holland, Quintana, Lista, le consideraron a la altura de ellos. Newman le prestó una íntima amistad a pesar de los 26 años de diferencia de edad que existía entre ellos.

No puede sino dejarnos una sensación de asombro, y a la vez, algo de vacío, el recorrer con nuestro personaje sus encarnaduras sucesivas en Sevilla, Madrid,

Londres, Oxford, Dublín y Liverpool. Todos esos cambios, conversiones, huidas, palinodias de Blanco White, ¿son coherentes o contradictorias?, ¿dibujan una identidad o un caos? Lo cierto es que tras su fallecimiento en 1841 a las afueras de Liverpool, asombra descubrir que gran parte de sus antiguos compañeros y amigos incluso, se refieren a él como ¡el pobre Blanco White! No importa que fueran conservadores como Copleston o Hawkins, o tractarianos como Newman y Wilberforce: parece que todos se ponen de acuerdo en esto.

¿Originalidad en Blanco White? No podemos pasar por alto que en muchas ocasiones sirvió intereses e ideas de otros, ya que estuvo muy influido por personajes o lecturas ideológicas o religiosas que le fueron abriendo nuevos horizontes, a los que parece que un principio se suma sinceramente, para más tarde, en la mayoría volverse a sentirse insatisfecho, defraudado, solo. Se convirtió en un activista religioso, labor que acaparó progresivamente todas sus energías intelectuales y morales hasta casi relegar a un rincón sus demás inquietudes. Pero no llegó a conclusiones distintas de las que ya estaban presentes en otros.

Blanco White, en definitiva, es un hombre de su tiempo sometido a los cambios y conflictos de un mundo en transformación. Tensión entre tradición y modernización; entre religión y razón; entre los que se aferran al estado de cosas del Antiguo Régimen y los que luchan por el logro de los ideales ilustrados. Esa tensión tiene que ser más desgarradora, si cabe, para mentes sensibles, abiertas, con espíritu inquieto.

El único retrato que puede hacerse de Blanco White es el de una conciencia en movimiento, difuminada, que no aparece clara. Su vida se identificará siempre con la búsqueda; nunca con la llegada definitiva. Hay algo que no logra atrapar. No negó la fe porque se hubiera convencido de otra verdad; nada tenía en sustitución de lo que abandonaba. Simplemente se le derrumbó. Terminó defendiendo una religión en la que los conceptos fueran materia inocua de discusiones eruditas, que no definieran la salvación ni la verdad cristiana.

En su funeral en la capilla unitaria de Renshaw Street en Liverpool, James Martineau, líder de la comunidad unitaria, dijo: «Un alma nada común habitaba dentro de ese cuerpo sin vida: un vasto conocimiento, una sabiduría poco común, una rica experiencia, una confianza devota; se hundió en la noche insondable, y oculta a nuestros ojos»⁶.

Ricardo SPUCH REDONDO
rspuchr@hotmail.com

⁶ José María BLANCO WHITE, *The Life of the Rev. Joseph Blanco White*, John Chapman, London, 1845, III, p. 293.